

ECOLOGIA Y UTOPIA

Hacia una ética del trato del hombre con la naturaleza

Una de las categorías recurrentes con mayor frecuencia en la literatura sobre ecología es la de *utopía*. Dos testimonios como muestra: *La utopía o la muerte*, es el título de un libro importante de R. Dumont sobre problemas ecológicos; R. Tamames, asiduo tratadista de estos temas en nuestro país, propone para la teoría ecológica un «método del horizonte utópico» y una «racionalidad de la utopía». El ecologismo se encontraría ante un dilema trágico: o la *utopía* o la *nada*¹.

A lo largo de toda su obra², y principalmente en *Prinzip Hoffnung*, E. Bloch se ha convertido en un clásico del tema, junto a los nombres de Platón, S. Agustín, Moro, Campanella, Fourier... La categoría «*utopía*» constituye la clave para comprender su filosofía social, su teoría de la naturaleza, su filosofía del hombre y, en general, sus valoraciones de los hechos culturales. Entre los temas tratados por él se encuentran los referentes a la salud, a la tecnología, al paisaje, al tiempo libre y al urbanismo. Todos ellos, cuestiones centrales del pensamiento ecologista, son objeto de detallados análisis en sus escritos³.

A pesar de la gran cantidad de páginas dedicadas por Bloch a estos problemas, el tema, que nosotros sepamos, no ha sido aún objeto de investigación. Todo un elenco de cuestiones desfilan, sin embargo, por los escritos del Profeta

1 Cf. *Ecología y desarrollo* (Madrid, 1985) 231-236.

2 *Gesamtausgabe*, Suhrkamp, Frankfurt, a. M., 1959 ss. I-XVII vols. Siglas: PH.= *Prinzip Hoffnung*; TE.= *Tübinger Einleitung*; ONNS.= *Ontologie des Noch-nicht-Seins*; SO.= *Subjekt-Objekt*; PhA. = *Philosophische Aufsätze*; MP.= *Das Materialismusproblem*.

3 Cfr. *Prinzip Hoffnung*, pp. 523-546. 729-1088; *Tübinger Einleitung in die Philosophie*, 30-62, 118-153, 196-209, en *Gesamtausgabe*, vol. XIII; *Philosophische Aufsätze*, 31-53, 514-525, 531-566, 567-572, *Ibidem*, vol. X; *Experimentum mundi*, 83-114, 115-149, 212-229, *Ibidem*, XV, como «Topoi» principales en torno al tema que nos ocupa.

de la Utopía, desarrollando una *filosofía social del ecologismo*: a) Relaciones del hombre con la naturaleza como su lugar de existencia; b) La tecnología y su subordinación a las leyes y fines de la naturaleza; c) Revisión del concepto técnico-materialista de progreso; d) Urbanismo y concepción utópica del espacio como habitat del hombre; e) Tiempo libre y ocio como condiciones para la creación y goce de cultura; f) Sociología del paisaje y de la naturaleza virgen en las artes plásticas y en la literatura; g) La herencia cultural: monumentos, espacios naturales, obras de arte... El resultado es una sugerente teoría de la cultura ecológica, que merece la pena comentar. Esta es, cabalmente, la finalidad del ensayo presente.

I. FUNDAMENTACIÓN FILOSÓFICA DE LAS DOCTRINAS ECOLOGISTAS

Bloch desarrolla una fundamentación filosófica de las principales doctrinas del ecologismo en torno a dos ideas centrales: a) una concepción peculiar de la naturaleza; b) una crítica al concepto convencional de tecnología. Frente a convicciones vigentes en nuestra civilización de consumo en torno a estas dos cuestiones, Bloch propone su concepción utópica de la naturaleza, de la tecnología, de la tradición y patrimonio cultural, así como del progreso. Sus ideas al respecto se traducen en inmediatas aplicaciones a problemas concretos del ecologismo.

1. *Crítica al concepto matemático-mecanicista de naturaleza*

Bloch contrapone un concepto *utópico-organológico de naturaleza* al concepto *matemático-mecanicista* de la misma desarrollado por la físico-matemática galileano-newtoniana. Las fuentes del concepto blochiano de naturaleza se reducen a tres: a) La física aristotélica, de la que asume conceptos centrales, como los de teleología del devenir, la materia en cuanto posibilidad y la forma-entelequia como último perfectivo de los cambios físicos; b) La tradición cosmológica neoplatónica, representada por autores renacentistas, tales Jungius, G. Bruno o Paracelso. A ellos hay que añadir la tradición neoplatónica vigente en el Judaísmo; c) La filosofía romántico-idealista de la naturaleza, tal como aparece en los textos de los clásicos del idealismo alemán: Goethe y Schelling.

La imagen del cosmos elaborada por la física moderna es desconcertante. Bloch se muestra desconfiado hacia la matemática y hacia la técnica por la carga deshumanizadora, que portan consigo. La física moderna ha perdido un «plus», que se hallaba muy presente en las versiones míticas y metafísicas del

cosmos. Se trata de recuperar aquel «plus» y con él la «naturaleza cualitativa» plena de humanidad, teleología y dinamismo dialéctico. Se contraponen dos tipos de comprensión de la naturaleza: el *cuantitativo*, propio de la físico-matemática y el *cualitativo*, propio de la filosofía. El primero aparece dominado por la abstracción matemática, la utilidad y la cuantificación. El segundo abunda en humanismo, teleología e imaginación. En el primero priva una metodología empírica y su modelo de conocimiento es el saber exacto, proporcionado por el cálculo matemático. El segundo, de acuerdo con la idea aristotélica de que el hombre es la medida y el fin de las cosas, intenta explicar los fenómenos de la naturaleza *per analogiam hominis*. La totalidad de la naturaleza ha de ser entendida a imagen del hombre. Este aparece como el arquetipo de aquélla, y de modo paralelo a como el factor psíquico-subjetivo es determinante de la comprensión del hombre, también lo es de la naturaleza.

La físico-matemática implica un proceso de «desvitalización» de la naturaleza, proceso consistente en vaciarla de contenido, de intuición y de mediación. La física y la técnica corren constantemente el riesgo de diluirse en artificiosidad, de alojarse en la tierra de nadie de la matemática. Ello implica una ruptura con la línea físico-intuitiva y una quiebra de conexión entre el sujeto y el objeto. Son consecuencias de «falta de mediación del objeto independiente con el sujeto pensante; del sujeto pensante con el objeto independiente». La «desvitalización» significa también la pérdida de la referencia de cualquier acontecimiento cósmico a lo humano. Es decir: deshumanización. Con ello la naturaleza se empobrece. El proceso se inicia históricamente con las físicas racionalistas (Galileo, Descartes) y desemboca en el mundo dominado por la máquina. La imagen orgánica del cosmos es sustituida por otra mecánico-cuantitativa, que se despoja de dimensiones cualitativas para interesarse sólo por las cuantitativas. La humanidad, la intuición y la vida perecen a manos del utilitarismo, de la exactitud formalista y de la aridez científica. Bloch protesta contra una física desvitalizada y contra su degradación por la máquina⁴.

La cosmología cualitativa de Bloch nos remite al problema de la naturaleza-sujeto. A él aparece vinculada la cosmología utópica. Los fenómenos cualitativos de la naturaleza: los paisajes, las estaciones del año, la vida animal y vegetal escapan a su captación íntima sin la hipótesis de un sujeto de la naturaleza; sin un *agens* inmanente a la misma, que subyazca a las «tendencias y latencias del cosmos». «Auch das Subjekt in der Welt ist Welt». Tal factor subjetivo recibe nombres

4 Cfr. PH., 776, 773.

diversos: *Dass-Grund*, *Dass-Faktor*, *Bewegungsgrund*, *Natura naturans*, *Naturagens*. A él se atribuyen funciones diversas: agente productivo, impulsor de los procesos cósmicos, voluntad creadora del dinamismo físico. La cosmología cualitativa consiste, por tanto, en que la materia se charge de subjetividad. La cualidad de la objetividad (*natura naturata*) radica en la calidad, que la otorga el sujeto (*natura naturans*) inmanente a la objetividad misma. Aquél penetra toda la materia: orgánica e inorgánica, la cual aparece plena de alma, vitalidad y productividad⁵.

La idea del «sujeto de la naturaleza», *natura naturans* productora, contrapuesta a la naturaleza producto, *natura naturata*, la encuentra Bloch en la veta filosófica más arriba aludida. La fórmula Averroes: «El mundo es el despliegue de la materia universal». Y reaparece en Paracelso: «Este desarrolla la idea de un hipotético sujeto de la natura». Leibniz, con su *inquiétude pousse* recuerda al viejo *natura naturans* de Spinoza. La época de la historia del filosofar que estuvo dominada por la idea de la subjetividad, el romanticismo idealista, supo poner de relieve aquella dimensión de la naturaleza que se pierde en la física cuantitativa: la productividad de una naturaleza que no se agota en ser mero producto, sino que es reproductora de sí misma. El romanticismo, reaccionando contra la razón matemática, buscó por doquier cualidad, vida y dinamismo. De ahí que Bloch recabe consejo en el idealismo, a la hora de desarrollar la propia cosmología⁶. Tres aspectos de la cosmología romántica van a ser aprovechados por Bloch: a) la polaridad dialéctica sujeto-objeto; b) la cualificación de la materia mediante la ordenación de la misma a un fin; c) la afirmación de un sujeto de tal proceso: el *Natursubjekt*. A Schelling adeuda Bloch el concepto de naturaleza como actividad. El filósofo romántico distingue la naturaleza como productividad, *natura naturans* (*Natur als Subjekt*), que constituye el objeto de la cosmología filosófica, y la naturaleza como producto (*natura naturata*) (*Natur als Objekt*), que constituye el objeto de las ciencias empíricas. Sólo la primera centra el interés tanto de Schelling como de Bloch. Este toma también elementos de Hegel. La estructura dialéctica que relaciona los polos sujeto-objeto sirve de modelo a la relación "naturaleza-sujeto" - "naturaleza-objeto". El proceso de vitalización hegeliana de la materia atrae a Bloch, quien bellamente nos habla de la "materia gótica", en donde la piedra se transfigura en la luz de la vidriera⁷.

Otra dimensión olvidada por la física cuantitativa, y que Bloch subraya con insistencia, es la *estructura teleológica* de la totalidad del proceso cósmico.

5 Cfr. PH., 167, 284, 286, 786, 999; MP., 178-179, 262 ss.

6 Cfr. PH., 787, 799, 804-806; MP., 155, 216; ONNS., 236.

7 Cfr. PH., 806; MP., 216-229.

El análisis causal de la naturaleza, practicado por el mecanismo, es sustituido por la consideración finalística de aquélla. El cosmos en su totalidad y cada uno de los procesos que integran el devenir, tienden hacia un «adonde», presente ya de alguna manera en ellos como germen del porvenir. Aquí reaparece en Bloch la categoría aristotélica de «entelequia». Esta es para el Estagirita el principio actuante y activador de la materia. Y es también el complemento y perfección de aquélla. Aristóteles, bajo influjo de Platón, concibe aún la entelequia de modo dualístico respecto a la materia. La izquierda aristotélica elimina progresivamente aquella dualidad y G. Bruno la inmanentiza en la materia misma, de modo que ésta deviene no sólo paciente receptor de formas, sino también energía generadora de las mismas. En el pannaturalismo blochiano, la entelequia se identifica con el *agens*, que hace emerger las formas de la materia, y al mismo tiempo es anticipación de la plenitud final a la que la totalidad del proceso cósmico se encamina. La entelequia penetra y empapa al cosmos, dotando a la totalidad de capacidad productiva, de latencia anticipadora y de tendencia hacia un futuro de plenitud. Al final del devenir —de nuevo la opción humanista de Bloch— se encuentra el hombre ecológico. Es hacia donde tiende la historia: hacia la *identidad* final donde, superada toda alienación aparecerán conciliados el sujeto y el objeto, el hombre y la naturaleza⁸.

2. Consecuencias ecológicas del concepto "organológico-utópico" de naturaleza

El concepto «organológico-utópico» de naturaleza implica un nuevo sistema de relaciones del hombre con su entorno ambiental. Posibilita, en primer lugar, una dura crítica de las conductas basadas en un concepto matemático y utilitario de naturaleza. Supone, por otra parte, el reconocimiento de una legalidad inherente al cosmos, legalidad que el hombre ha de respetar en sus relaciones con aquélla. Implica, finalmente, una descalificación de aquellos sistemas de transformación del medio natural, que convierten a éste en objeto de degradación y explotación.

⁸ Bloch ha desarrollado sus ideas sobre la naturaleza en el capítulo 37: *Wille und Natur, die technischen Utopien*, en *Prinzip Hoffnung* II, 729 ss. También retorna sobre el tema en *Über Freiheit und objektive Gesetzmäßigkeit, im Prozess Gesehen*, en PhA., 558-562. J. H. Horn, *Kritische bemerkungen zur Philosophie Blochs: Blochs Bemühungen um ein totales qualitatives Weltbild*, en EBRM, 261-280 analiza polémicamente las ideas de Bloch. Del asunto se ocupan también J. Habermas, *Ein marxistischer Schelling*, en UB., 72-75; R. DAMUS, HPPH, 45 ss. y H. H. Bütow, PhG., 128 ss. Schmidt, *Der Begriff der Natur in der Lehre von Marx*, (Frankfurt a. M. 1971) 160-167.

a) La relación hombre-naturaleza es expresada por Bloch en la fórmula «naturalización del hombre y humanización de la naturaleza». Para fijar el alcance y contenido de la misma Bloch recurre al esquema hegeliano sujeto-objeto, según el cual el hombre y la naturaleza se *mediarían* recíprocamente durante el acontecer histórico en un proceso tendente al logro de la identidad de ambos. El sujeto y el objeto no son factores antitéticos, sino determinantes de una misma realidad: el acontecer histórico del Absoluto. La humanización de la naturaleza significa que la cultura, en cuanto creación específica del hombre, orienta cualquier desarrollo de la naturaleza. Naturalización del hombre, por su parte, significa que el hombre se entiende como parte de esa naturaleza, con la que comparte suerte y destino⁹.

b) También la naturaleza posee estructura *utópica*, consistente en la identidad sujeto-objeto, hombre y naturaleza. La conciliación entre ambos es la utopía hacia la que el acontecer camina. Tal conciliación es un «todavía no», una posibilidad real aún no alcanzada, pero sí esperada. «Utopía en la naturaleza» es fórmula equiparable al aristotélico «entelequia» de la naturaleza, es decir, lo que constituye a las cosas en su plenitud de perfección. Recurriendo de nuevo a terminología hegeliana, Bloch recuerda que la escisión alienadora entre el sujeto y el objeto, causante de los conflictos entre el hombre y la naturaleza, solamente será superada en la situación utópica en que ambos aparezcan conciliados en la identidad. Esa situación utópica se convierte en «telos» y «entelequia» del acontecer. La evolución de la naturaleza posee, por ello, una estructura *teleológica*¹⁰.

c) En las relaciones hombre-naturaleza se precisa recuperar aquella dimensión o «plus» que la físico-matemática no alcanza a expresar y que la técnica ha de respetar. Ese «plus» es precisamente a lo que hace referencia la «utopía de la naturaleza». La reducción de esta a mero objeto cuantificable y formalizable en la físico-matemática distorsiona la estructura dialéctico-procesual de las relaciones hombre-cosmos, ocasionando, en terminología hegeliana, una escisión conflictiva entre el sujeto y el objeto. La naturaleza, en este caso, asume la forma de *anti-utopía*. Tal conflictividad es lo que acentúan las concepciones mecanicista y técnico-instrumental de la naturaleza, que privan a ésta de sus dimensiones organológica y teleológica. La relación hombre-naturaleza carece de racionalidad en tanto no entren a formar parte de la misma elementos humanistas, tales como la finalidad, la libertad y la cultura.

9 Cfr. SO., 277.

10 Cfr. MP., 521; TE., 236.

d) La naturaleza es portadora de una normatividad o legalidad inmanente a sí misma. Es, al decir de Bloch, lo que los estoicos quisieron dar a entender con sus conceptos de «logos cósmico» y «εἰμαρμενη» o la escolástica con la idea de «lex naturae». El hombre adquiere el conocimiento de tal legalidad mediante la observación del comportamiento de la naturaleza y de sus reacciones ante los intentos del hombre por transformarla. Una ética respetuosa con la naturaleza exige no violentar las leyes de la misma y actuar conforme a éstas. Caso de violación de las leyes naturales, Bloch recuerda, usando terminología hegeliana, que también aquí funciona la *astucia de la razón*, logrando que, a través de los errores del hombre, se imponga la racionalidad de la naturaleza y ésta triunfe sobre las agresiones de aquél.

e) La asignación a la naturaleza de una potencia activa en el propio desarrollo, potencia expresada con el concepto de «Natursubjekt», convierte a la naturaleza en agente que *colabora* con el hombre en las transformaciones de sí misma. La naturaleza es co-protagonista del progreso, sujeto del propio desarrollo y no mero objeto puesto en manos del hombre para ser dominado y explotado. El protagonismo de la naturaleza es la consecuencia de su «Ser sujeto», *natura naturans*, potencia actuante en las propias transformaciones. Su potencia coproductiva le permite colaborar con el hombre y realizar su propio trabajo¹¹.

f) El hombre aparece como ser privilegiado entre los pobladores de la naturaleza; a él corresponde dirigir los procesos de transformación de la misma. En tal función, el hombre corre permanentemente el riesgo de entrar en conflicto con el cosmos, debido a las motivaciones egoístas e interesadas de sus actos. Factores e intereses económicos inciden así fuertemente en el deterioro de las relaciones hombre-naturaleza. Estos se transforman en campo de conflictos ocasionados por la ambición, la ganancia o el poder. Ello encuentra aplicación en los modos de explotación, uso y comercialización de los recursos naturales y en las mismas líneas de investigación que desarrollan los hombres, determinadas a veces por aquellos intereses.

3. *En busca de una técnica conciliada con la naturaleza y con el hombre*

Las teorías blochianas en torno a la *cosmología cualitativa* inciden en un tema afín: la *filosofía de la técnica*. En lugar de las relaciones a nivel de exterior-

11 Cfr. PH., 626, 677, 787, 810.

ridad, actitud de la técnica actual, Bloch aspira a una comunicación recíproca y a una coproducción conjunta, alcanzadas mediante la inmersión del hombre en la interioridad de la naturaleza misma. Dos productos de la sociedad consumista: el empirismo científico y la técnica, son rechazados por razones similares. Bloch adopta ante ambos una actitud crítica paralela a la tomada frente a la cosmología científica. La concepción utilitaria del cosmos ha derivado en una técnica deshumanizada, carente de finalidad y encajada dentro del modelo de producción consumista. Bloch no ahorra críticas. La técnica actual es producto del egoísmo y con él comparte un sistema de relacionarse el hombre con su entorno, en el que dominan la formalización abstracta, la artificiosidad, el neutralismo teleológico, el dominio y la explotación. La desaparición de una visión «orgánica» de la naturaleza determina una relación hombre-cosmos, dominada por el abstracismo y la extrañeza. Las teorías científico-matemáticas y sus aplicaciones técnicas se comportan con la naturaleza como factores dominadores, que ignoran la interioridad productora de aquélla. Una forma de relación artificial sustituye a modalidades más profundas de conexión, tales la afinidad simpática o la teleología. El resultado es una relación en la que el técnico, despreciando la posible aportación de la naturaleza, se comporta frente a ella como el *señor frente al esclavo*. La relación es de dominio y explotación y no de amistad y colaboración. La técnica deviene instrumento eficaz del que el hombre se sirve para engañar a la naturaleza. El técnico, situado frente a las cosas, con astucia de embustero, vigila las fuerzas del cosmos como el patrón las reacciones del esclavo. Con sus ardices intenta dominar, colonizar, explotar. La técnica se comporta frente a la naturaleza como un ejército de ocupación en tierra enemiga, que ignora y menosprecia la interioridad del pueblo subyugado¹².

La técnica moderna, a pesar del lastre que arrastra, es susceptible de una reconversión positiva mediante una adaptación de la misma a un modelo de convivencia humanista y social. Con otras palabras: la «utopía concreta de la técnica» es viable en la «utopía concreta de la sociedad». Y lo es porque en ésta el hipotético «sujeto de la naturaleza» es incluido en el mundo del hombre. Se trata, por tanto, de residuar a la naturaleza, al hombre y a la técnica en el esquema sujeto-objeto rectamente interpretado. Es decir, cuando el sujeto se comunique con el objeto de la naturaleza y el objeto de la naturaleza con el sujeto, serán eliminadas la enemistad y el recelo entre ambos. La mediación entre sujeto humano y sujeto de la naturaleza evitará que prosiga el proceso de «deshumanización» inherente a

12 Cfr. PH., 808-809; 812-814.

la técnica moderna. Ambos posibilitarán la utopía concreta de la técnica, tal como la utopía concreta de la sociedad la porta consigo.

La vinculación del hombre con la naturaleza se desdoblaría en una doble vertiente: a) vinculación a la naturaleza-objeto, en cuanto substrato material de su obrar; ello implicaría la adecuación de la técnica a la realidad del objeto y a la legalidad teleológica immanente al mismo. Con ello quedaría eliminada una parte del abstracismo y superficialidad que caracteriza a la técnica moderna; b) la vinculación a la naturaleza, como factor coproductivo (*natura naturans*) (*ser-según-posibilidad*), que tendría como presupuesto la no violencia y la colaboración productiva. Se trata, por tanto, de instaurar un equilibrio entre los polos hombre-naturaleza en la que una nueva axiología: el primado de los fines sociales sobre los intereses individuales, y una nueva cosmología: el primado de la naturaleza objetiva en cuanto substrato material del obrar y en cuanto sujeto coproductivo, superen la actitud de dominio y explotación, eliminen los antagonismos y recelos de las partes implicadas, aporten contenidos objetivos y teleología y, finalmente, desemboquen en la colaboración en una empresa común: el desarrollo de una naturaleza plena de posibilidad¹³.

La hipótesis del «sujeto de la naturaleza», presupuesto básico para una comprensión cualitativa del cosmos, se halla también en la base del sistema de relaciones entre el hombre y la técnica propuesto por Bloch. El *Natursubjekt* hace posible, por una parte, la coproducción entre ambos, dentro de un clima de respeto, autonomía y colaboración. Por otra, posibilita la superación del concepto utilitarista de técnica y sus secuelas de formalismo, explotación y recelo. El modelo de producción vigente ha enemistado al técnico explotador con la naturaleza expoliada. Las relaciones pueden, sin embargo, invertirse en una sociedad y con una técnica diversas. El sujeto de la naturaleza es pacífico y no violento. El distanciamiento entre él y el hombre puede ser superado cuando el hombre y la naturaleza se concilien. La conciliación fructifica en colaboración de ambos para la construcción de la casa humana. El técnico, astuto y aprovechado, es sustituido por el sujeto social, aliado del sujeto de la naturaleza. Desde entonces es viable la «alianza técnica», que posibilita el desarrollo de las virtualidades de la materia. El campo de acción de la técnica es de mayor amplitud en una materia cualitativa que en una materia mecánico-cuantitativa. Y la razón de tal ampliación no es otra que el «sujeto de la naturaleza».

13 Cfr. PH., 777-779, 783 ss., 874.

Las consecuencias de la nueva idea de la técnica no se hacen esperar: desaparece primeramente el carácter abstracto-artificial, que invade la técnica actual y que tiene un exponente brillante en el conocimiento matemático-cuantitativo. Desaparece también la figura del técnico, en cuanto egoísta explotador y astuto déspota. Es sustituido por el «genio-técnico», mediador de sí mismo y de la naturaleza. En el lugar de una naturaleza explotada y carente de belleza, en riesgo constante de irritación y dando, desde su ira, paso a la venganza de la catástrofe natural, entra en acción la *natura naturans*, mediadora de sí misma, colaborando con el hombre en la instauración del *regnum hominis* sobre el mundo. Superadas la «venganza natural» y la «manipulación técnica», enriquecido el campo de acción con una naturaleza plena de posibilidad, aceptada la axiología que aliente las intenciones de la acción, se posee ya la plataforma para una colaboración fecunda entre la naturaleza y el hombre en el camino hacia la identidad final, meta en donde el «sujeto de la materia deviene materia del sujeto»¹⁴.

4. Consecuencias de la filosofía blochiana de la técnica para la ecología

Problemas ecológicos como el despilfarro de energía y de materias escasas (agua, minerales, aire), el de los desastres ecológicos producidos por tecnologías antinaturales, el de las distorsiones en el trabajo humano por las circunstancias en que debe de ser realizado, etc., son solucionados por Bloch en su esquema de relaciones hombre-naturaleza, sobre la base del respeto por parte de la técnica de la racionalidad inmanente a la naturaleza misma y la aceptación por parte del hombre de esa naturaleza como instancia «coproductiva» o agente activo en el proceso del propio desarrollo.

a) La crisis del mundo tecnológico es crisis de sentido y finalidad de la técnica y no de su validez instrumental. La tecnología fue ya criticada por Heidegger o Marcuse. Las críticas de Bloch se dirigen contra aquellas modalidades de técnica, que generan conflictividad en el cosmos, al no respetar la racionalidad inmanente

14 Cfr. PH., 783 ss., 801, 807, 810, 817. Cf. también capítulo 37 *Wille und Natur, die technischen Utopien*, PH, 729 ss. Sobre la cuestión, cf. J. Habermas, *Materie als Weltseele und Technik ohne Gewalt*, en ÜB, 73-75; H. Kimmerle, *Die Mitproduktivität eines möglichen Natur Subjekts bei der Herbeiführung einer vollkommenen Welt*, en ZBH, 57-61; W. R. Giaser, *Utopische Technologie*; H. Marcuse und E. Bloch, en *Soziales und instrumentales Handel. Probleme der Technologiem*, (Stuttgart 1972) 102-114. R. Damus, *Neue Technik*, en *Ibid.* 49-57; Engelmann, *Produktivkäufe und Natur. Kritik der Technikkonzeption von E. Bloch*, en EBRM., 173-179. Muy sugerentes a la hora de precisar el problema de las utopías técnicas son los estudios de M. Schwonke, *Vom Staatsroman zur Science Fiction. Eine Untersuchung über Geschichte und Funktion der naturwissenschaftlich-technischen Utopie* (Stuttgart 1957) y F. Manuel, *Utopias and utopian thought* (Boston 1966).

en la naturaleza misma. Tales formas de técnica irracional son las que implican ex-polio de la naturaleza, promoción de desequilibrios en el medio biológico o físico, ruptura del equilibrio natural; todo ello provoca los denominados «desastres ecológicos». Al analizar la sociedad industrializada actual, Bloch piensa que su forma de vida es insostenible, dado el deterioro de la naturaleza que aquélla implica.

b) La tecnología no posee un valor autónomo en sí mismo. Es un subsistema integrado en un sistema de valores éticos-sociales, de cuyo sentido y finalidad participa. La civilización tecnológica no puede, en consecuencia, asumir la función de valor absoluto determinante de los comportamientos humanos. Su valor es instrumental y su calidad ética depende del sistema de valores a cuyo servicio está. Es consecuencia del postulado de la «humanización de la naturaleza», según el cual la naturaleza, al ser integrada en el mundo de la cultura e historia humanas, entra a formar parte, como subsistema, del reino de los fines e intenciones del hombre. En cuanto tal, el trato con la naturaleza es inseparable de los subsistemas socioeconómicos, técnicos-científicos y culturales con los que comparte un mismo sistema de valores ético-políticos y un mismo sentido histórico.

c) A la técnica abstracta y antinatural, derivada de la físico-matemática, Bloch opone su «*utopía concreta de la técnica*». La utopía concreta de la técnica aparece vinculada a la «*utopía concreta de la sociedad*». La tecnología utópica exige que aquélla asuma su función de naturalizar al hombre y de humanizar a la naturaleza. Esto tiene lugar cuando la tecnología se desarrolla adecuándose a las leyes y procesos de la naturaleza. Un ejemplo de *tecnología utópica* lo encontramos en las sociedades antiguas en las que el hombre transformaba la naturaleza con instrumentos, que eran prolongación de la naturaleza y que hoy llamaríamos «energías renovables y no contaminantes»: v.g. los molinos de agua y viento. La técnica así concebida aparecía integrada en el *macroorganismo* del cosmos y formando parte de la vida y procesos de ese mismo organismo.

d) Inspirándose en la *Realphilosophie* de Hegel, Bloch establece una *instancia mediadora* entre mundo de la naturaleza y mundo de la cultura. Tal instancia mediadora es la técnica. En este sentido «técnica» posee para Bloch un valor mucho más amplio que el de mero «conglomerado de instrumentos» de que el hombre se sirve para actuar con eficacia sobre el mundo. Civilización tecnológica es una de las modalidades históricas de objetivarse o determinarse el Espíritu o Absoluto. Es aquello donde se concreta la acción transformadora del sujeto sobre el mundo. Es *mediación* no sólo entre trabajo y necesidades sino también entre necesidades humanas y fines de la cultura o humanismo. Al ser un producto histórico, la técnica comparte el sentido que el hombre confiere al

acontecer histórico. La técnica es una modalidad de objetivarse lo Absoluto en el tiempo y debe formar parte del proceso de conciliación del hombre con la naturaleza en el advenir de ambos hacia la conciliación en la utopía¹⁵.

e) La implantación de una tecnología utópica conduce a la liberación de la naturaleza de aquellos sistemas socio-económicos que la explotan y degradan. El hombre aparece, a menudo, como el máximo depredador de la naturaleza. La sociedad de consumo y las necesidades en ella fomentadas dan origen al ex-polio de riquezas biológicas, v.g. en la pesca, que rompen el equilibrio natural. La relación de dominio y explotación entre el hombre y la naturaleza es consecuencia de una sociedad mercantilista, preocupada únicamente por la utilidad y el beneficio. En la naturaleza, sin embargo, actúa también la *astucia de la razón*, en fórmula hegeliana, de modo que las leyes de la naturaleza acaban imponiéndose siempre sobre las arbitrariedades de la técnica.

II. SOCIOLOGÍA DE LA CULTURA ECOLÓGICA

La parte cuarta de *Prinzip Hoffnung*, completada con pasajes paralelos de otras obras de E. Bloch, contiene una amplia descripción de un mundo utópico en el que la naturaleza y el hombre aparecen hermanados. Se trata de una *sociología de la cultura ecológica* en la que, *sub specie utopiae*, desfilan aquellas creaciones del hombre que son arquetipos de una relación de amistad del hombre con su mundo circundante. De nuevo en terminología hegeliana, la conciencia utópica o espíritu subjetivo se determina como espíritu objetivo en la naturaleza y en la historia en aquellos fenómenos, que denominamos salud pública, arte, arquitectura, etc. Se anticipa la utopía en una serie de hechos en los que se realiza la conciliación entre el hombre y la naturaleza, entre la ciencia tecnológica y su mundo. Los «Topoi» donde la utopía del equilibrio hombre-naturaleza aparece son: las utopías médico-sanitarias, las utopías tecnológicas, las utopías urbanísticas, las utopías geográficas y el arte utópico. Toda una fenomenología del hombre reconciliado con su entorno.

1. Una medicina ecológica: el ejercicio físico y las utopías médicas

El epígrafe que Bloch dedica a las utopías médicas contiene un marco de referencias en el que son tematizados problemas ecológicos concernientes al de-

15 Cfr. PH., 782, 807.

porte y medicina preventiva, al control de la natalidad, a la alimentación y a la relación médico-enfermo. Todos ellos son asuntos relevantes de la ecología humana. El crecimiento de población ha ocasionado una mayor necesidad de alimentos, dando lugar a una desnaturalización y manipulación química de los mismos. No sólo los procesos de producción de alimentos vegetales se han visto alterados, sino que la misma genética de los mismos ha sido en casos modificada en pro de una mayor productividad. Las mayores exigencias de carnes y pescados han modificado sustancialmente los sistemas de producción animal y de pesca. Los recursos marinos han sido en muchas partes esquilados. La alimentación natural ha salido malparada. La medicina, por su parte, ya sea por los avances de la química ya por los de la quirúrgica ha ampliado enormemente su radio de acción. Cuestiones de genética, de trasplantes de órganos, de humanización de las relaciones médico-enfermo, rehabilitación de terapias naturalistas: baños de agua y sol, ejercicios corporales, etc., salud pública en general, configuran un elenco de cuestiones para las que Bloch propone una respuesta: la reconciliación del hombre con la naturaleza.

También el deporte es objeto de esperanza y de utopía. El cuerpo es la casa del espíritu humano y en cuanto tal hay también una *ecología* tendente a mantener el equilibrio psico-somático. Cuando todo va bien en el funcionamiento del cuerpo, se dispone de base para actividades de carácter social y cultural. Hay que precaverse, no obstante, de dos manipulaciones contemporáneas del deporte: a) aquélla que concibe el deporte como factor de «propaganda y fachada» de sistemas políticos dictatoriales; b) aquélla que lo utiliza como factor de evasión de sociedades con problemas político-económicos.

Al tratar el tema de la salud, Bloch nos recuerda, que han existido y existen prácticas de la medicina, que contienen altas dosis de utopía, en cuanto que tienden a procurar la salud, conciliando al hombre con la naturaleza. De la medicina *naturalista* siempre existieron prácticas; plantas que sanan, pócimas que liberan del dolor, baños que agilizan el funcionamiento muscular, ejercicios físicos que rehabilitan. De esa medicina naturalista forma parte el hospital rodeado de naturaleza, que nos describe Th. Moro en su *Utopía*, la medicina preventiva tendente a «corregir males peculiares de la especie», la procreación racional... todo ello dentro del respeto a las leyes de la naturaleza. La eugenesia artificial es criticable. No la natural. De las utopías médicas forma parte también la lucha contra la vejez, sobre todo en el sexo femenino. A este propósito adquieren valor simbólico descripciones como las de L. Cranachs en su «Fontana de la Juventud» a la que acuden quienes persiguen la adolescencia perpetua.

Un tema ecológico relevante es el planteado por el crecimiento irracional de la población humana. De él derivan problemas de subalimentación, subdesarrollo, subcultura, etc. Las soluciones malthusianas son juzgadas por Bloch como «campo de represión» y «emplastos mecánicos» que, propiciados por el interés individualista, no tienen en cuenta imperativos más nobles como los ético-sociales o el respeto a la naturaleza. Sin desautorizar un crecimiento controlado de la población, Bloch escribe una frase lapidaria: «la tierra tiene sitio para todos, o lo tendría, mejor dicho, si fuera administrada con el poder de la satisfacción de las necesidades en lugar de con la satisfacción de las necesidades del poder»¹⁶.

2. Las utopías tecnológicas: configuración de un mundo en paz

El desarrollo tecnológico a cualquier precio es el causante de buena parte de los desastres ecológicos. Cada nueva conquista tecnológica altera las relaciones entre el hombre y su entorno y entre los vivientes y su mundo. Fenómenos como la contaminación del aire, del agua o de la tierra tienen su origen en el progreso industrial, en tecnologías aplicadas a la agricultura o en la producción de nuevas materias de consumo. Además del deterioro de la naturaleza, que la técnica utilitaria propicia, el agotamiento de materias primas esenciales para el desarrollo tecnológico (petróleo, minerales raros, etc.) parece cada día más cercano. La escasez de ciertos recursos, tales agua, madera, etc. exige constantes violaciones del medio ambiente. Todo ello comporta destrucción de naturaleza y de vida. Un caso límite de problemática ecológica es el derivado de la energía nuclear, en la que se quiso ver la panacea para el problema energético. Bloch recuerda estos problemas, al pasar revista a las utopías tecnológicas, que han existido en diferentes épocas.

Las necesidades humanas forzaron en todo tiempo a inventar. Sólo el hombre tuvo capacidad para fabricar instrumentos. La sociología de las narraciones literarias nos lo testimonian desde los cuentos de las *Mil y una noches* hasta las novelas de ciencia-ficción. En el Medioevo los árabes desarrollaron las técnicas de regadío; durante el Renacimiento Galileo y Leonardo da Vinci no cejan de construir ingenios. La utopía tecnológica encuentra su descripción clásica en la *Nova Atlantis* de Bacon, en donde el *ars inveniendi* del Inglés profetiza elementos del mundo tecnológico moderno: teléfono, micrófono, telescopio, aviones, submarinos, etc. El ideal es instaurar el mito de Prometeo sobre la tierra.

16 Cfr. PH., 523 ss. 526 ss. 542 ss.

La tecnología contemporánea ha perdido calidad utópica al ponerse al servicio de la guerra y del poder económico. Su mayor invención y también su mayor peligro está constituido por la energía nuclear. Es el eslabón último del distanciamiento del mundo tecnológico respecto del mundo natural. Lo artificial sustituye a lo auténtico. Los productos de la naturaleza son sustituidos por imitaciones artificiosas producidas tecnológicamente. La tecnología nacida como instrumento de ayuda de la naturaleza y prolongación de la misma se convierte en enemiga de la naturaleza. El mundo de los instrumentos asume la función de fin en sí mismo, abandonando a la naturaleza como sujeto coproductivo. Una tecnología enemiga de la naturaleza es la causa de los accidentes técnicos que denominamos «desastres ecológicos».

Las tecnologías utópicas se construyen también sobre la idea de la conciliación entre el hombre y la naturaleza. La técnica aparece como instrumento de una vida mejor. Las tecnologías ajustadas a las leyes de la naturaleza y colaboradoras con el «Natursubjekt» poseen las siguientes características: a) son un *ars inveniendi*. El arte del inventor descrito en una especie de *sociología de la invención* actúa de soporte de un tipo de sociedad, caracterizada por la laboriosidad y la organización. b) La dimensión utópica de la imaginación inventiva reside en su orientación hacia el futuro y en su capacidad anticipadora del mismo. c) Su tercera característica es la voluntad de cambio. Ello implica que categorías utópicas como «posibilidad» y «novedad» estén presentes en toda innovación tecnológica¹⁷.

3. *Las utopías arquitectónicas: urbanismo conciliado con el medio ambiente*

Un problema ecológico, derivado del crecimiento demográfico y de la concentración de población en las urbes, es abordado por Bloch bajo el epígrafe de las *utopías en arquitectura*. El incremento de población exige una racionalización del espacio en cuanto «habitat» humano y un aumento del consumo de recursos naturales útiles para la alimentación y el vestido. Ello provoca una peculiar problemática, no sólo referente a la distribución de población sino también al desarrollo de tecnologías tendentes a satisfacer las necesidades surgidas. El problema quizás más llamativo, causado directamente por la explosión demográfica y la industrialización es el *urbanismo desnaturalizado y deshumaniza-*

17 Cfr. PH., 730 ss. 767 ss. 877.

do. En él se generan problemas de distribución de espacio, de transporte urbano, de conflictividad en la convivencia, de deterioro en las pautas de conducta social, de sociología y ética familiar, concernientes a la planificación familiar, etc. Bloch reflexiona extensamente sobre el tema, proponiendo un nuevo sistema de relaciones entre el hombre y el espacio que habita así como del hombre y el uso del tiempo. A este propósito compone dos brillantes capítulos sobre las *utopías urbanísticas*, que fueron o son experimentos anticipatorios de un espacio y de un tiempo en los que la naturaleza aparece integrada en la vida del hombre y a la inversa.

Bloch pasa revista a los proyectos arquitectónicos y urbanísticos más sobresalientes de nuestra cultura en los que la naturaleza entra a formar parte del «habitat» humano: Petra y Baalbec en la época del imperio romano; la arquitectura de Venecia pintada por Tíepolo y el Veronés (presencia del agua); los elementos naturalistas presentes en la decoración de las arquitecturas del Románico y del Barroco; las construcciones imaginarias en el mundo de la fábula y del cuento; las perspectivas urbanísticas en la pintura renacentista (Rafael, Durero); la estructura de palmera de las catedrales y vitrales góticos. A ello hay que añadir que el urbanismo utópico se realiza mediante un sistema laboral articulado en torno a los gremios de la construcción, cuyas normas de convivencia y productividad seguían unos códigos aprendidos de la naturaleza y expresado en simbología abigarrada. El edificio se instala en donde abunda el material de construcción y el cantero vive en el lugar de su trabajo. La norma para las proporciones es el *hombre mismo*, dando como resultado la ciudad del equilibrio humano. Son expresiones de la utopía urbana. En todo ello se traduce un concepto de *espacio* muy diferente al desarrollado por la físico-matemática y la técnica. La relación hombre-«habitat» asume abundancia de valores estéticos y humanistas perdidos, que convierten la arquitectura en una *imitatio naturae*.

Frente a la ciudad «orgánica», nacida como Venecia del agua, Petra de la piedra o Alejandría del Nilo, la físico-matemática y la técnica modernas convierten el espacio en una abstracción geométrica distante del entorno natural. Es el espacio calculado en función de la utilidad, del consumo y del coste. Surge así la ciudad industrial inorgánica de calles geométricas y distancias calculadas según el patrónmetro y no según el habitante-hombre. El espacio deja de ser habitación, que acoge, para convertirse en mercancía, que se intercambia. Es el espacio antiutópico de la arquitectura funcional e industrial en el que encajan la «vivienda máquina» (Le Corbussier) y la arquitectura ingenieril (Gropius). Triunfan el metal y el

crystal, productos transformados, con los que se pierde el sentido del espacio interior como lugar del reposo, de la paz y de la reflexión. En tales proyectos de organización del espacio éste no es concebido como «reino construido de la libertad». No existe humanización de la naturaleza ni naturalización del hombre. Tampoco existe configuración utópica de un entorno que anticipe un mundo perfecto¹⁸.

4. *Las utopías geográficas: espacio natural frente a espacio útil*

Una serie de cuestiones relevantes en el ideario *ecologista*, tales el «habitat» de los seres vivos, la conservación de zonas naturales, el ordenamiento del territorio, el mantenimiento de parques y bosques, el freno a la macrouberbe, la naturaleza como lugar de esparcimiento del hombre, la defensa del paisaje y el disfrute de bellezas naturales... son asuntos que reciben una solución racional a la luz del *concepto de espacio*, que Bloch propone. De nuevo aparece aquí el esquema hegeliano sujeto-objeto y la fórmula «naturalización del hombre - humanización de la naturaleza».

La categoría del «espacio» es concepto clave en la filosofía ecológica de Bloch. Esta contrapone un concepto técnico-instrumental de espacio, concretado en el urbanismo desnaturalizado, en el entorno ambiental degradado o en la parcela convertida en materia de especulación, a un concepto de espacio utópico, cuyo uso está determinado por valores ético-sociales, por finalidades humanístico-culturales y en donde el respeto a la vida posee prioridad sobre cualquier tipo de interés económico.

Los arquetipos del espacio utópico aparecen profundamente descritos en las narraciones de viajes. La utopía geográfica acentúa la *novedad*, que implica el desplazamiento, al descubrir territorios desconocidos. Al descubrimiento de la novedad espacial contribuye la excursión a la naturaleza y el deambular turístico. En ambos el hombre se concilia con su entorno. A ello va unido la contemplación de la naturaleza y la simbiosis del hombre con ella. Componentes de la utopía geográfica o del espacio utópico son la novedad contemplativa, la libertad en la forma de vida, la búsqueda de nuevas fronteras. La geografía del espacio utópico ha quedado testimoniada en nuestra tradición literaria por las descripciones de los grandes descubridores viajeros: M. Polo, Colón, Lovingstone. Tal literatura aparece plagada de simbología del estacio utópico, tales el Olimpo, el Edén, Eldorado, Jauja, etc.¹⁹.

18 Cfr. PH., 819-868.

19 Cfr. PH., 872-928.

5. *El tiempo ecológico: la jornada laboral, el tiempo libre, el ocio y las vacaciones*

Existen dos acepciones muy diferentes del tiempo: una, el tiempo *histórico*, durante el que el hombre crea cultura, y cuyos ingredientes son la ética, el derecho, la religión o la justicia social y otra, el tiempo *físico-matemático*, cuantificado y puesto al servicio de la técnica. El tiempo de la matemática y de la técnica no es otra cosa que una formalización artificiosa del tiempo de la naturaleza. Este transcurre en ciclos vitales: estaciones, día, noche... aquél se distribuye según imperativos económicos o utilitarios. El tiempo técnico-matemático no es equivalente al tiempo histórico, ya que éste aparece cargado de sentido y finalidad por parte del hombre. Ese sentido y finalidad es lo que expresa la utopía contenida en la fórmula «naturalización del hombre-humanización de la naturaleza».

El tiempo utópico o cualitativo se identifica con el acontecer en el que tiene lugar la conciliación del hombre con su entorno. Es el tiempo de la cultura, del quehacer libre, del ocio, de la excursión a la montaña, de la contemplación estética. No se trata, pues, de un tiempo cuantitativo-utilitario, sino de un tiempo cuya función es humanista y social. Este tiempo es para Bloch tendencia hacia algo y esperanza de algo. El aspecto fundamental del tiempo histórico es la *finalidad*, aspecto que se pierde en una concepción meramente cuantitativo-instrumental del tiempo. El tiempo utópico es el ámbito donde la naturaleza y el hombre se reconcilian²⁰.

No es tiempo humano el que está agobiado por el trabajo, la prisa o la urgencia. Este tiempo es la duración destinada a ganar el sustento. Tampoco es tiempo humano el tiempo destinado a la guerra. Ambos son resultados de sistemas sociales injustos y carentes de libertad. Este es tiempo de la sociedad del lucro y del consumo en la que el hombre no es nunca un *fin* sino un *medio*, para utilizar una conocida fórmula kantiana. Tampoco es auténtico tiempo libre el tiempo requerido para recuperar fuerzas después del trabajo. Este es, también, tiempo necesario. Existen viejas formas de tiempo libre, que han sido pervertidas en la sociedad consumista, si bien no totalmente. Tales tiempos, recuperables para la utopía, son el *hobby particular*, la *fiesta popular* con el folklore alborozado y el *tiempo del anfiteatro* o del deporte y de los juegos. En estas modalidades del tiempo, el hombre mantiene una parte de sí mismo,

20 Cfr. TE., I, 181, 196.

que aún no ha sido vendida, su tiempo, durante la que puede practicar la diversión placentera.

Pero no todo tiempo desocupado es tiempo de libertad y de cultura. Existe tiempo libre antiutópico por inculto y banal. La cultura busca la sustancia del verdadero tiempo libre en el ocio, que es su trabajo. El auténtico *tiempo libre*, «utópico buen retiro y pastoral», son fiesta, velada cultural, diversión. Para ello se requiere desterrar formas artificiales de ocio. El horizonte utópico reconduce el ocio a sus contenidos fundamentales, deseados en la esperanza. El ocio aparece entonces como *tierra* en la que el hombre reflexiona sobre lo que quiere y espera, que es la utopía. «Es hacia aquí, hacia donde corre el interés del ocio activo y de su incipiente historia, en tanto que historia humanizada en sí». «El ocio real vive exclusivamente del ser-sí-mismo o del contenido de la libertad»²¹.

6. *La utopía intensiva: la conciliación entre el hombre y la naturaleza en la obra de arte*

La utopía ecológica «naturalización del hombre-humanización de la naturaleza» aparece simbolizada *intensivamente* en las obras de los clásicos de la música, de la pintura o de la literatura. La «Sinfonía pastoral» de Beethoven, las perspectivas y grandes horizontes de Van Eyck, Leonardo da Vinci o Rembrandt anticipan el futuro utópico de una cultura, en donde espíritu subjetivo y espíritu objetivo, hombre y naturaleza, tienden a identificarse. La relación hombre-naturaleza, objetivada en la obra de arte, adquiere el rango de utopía intensiva. El arte se convierte en anticipación simbólica del mundo feliz. A través de la fantasía creadora se genera la ilusión utópica de la identidad del hombre con lo otro, reproducido en el paisaje y en la vida natural. Es la frontera alcanzada de la entelequia.

La fenomenología del paisaje ideal en el arte pictórico es inabarcable. Un análisis sociológico de sus manifestaciones muestra una riqueza inmensa de matices reales o imaginarios. En Rubens es el jardín adecuado para el amor, en donde las piedras, las fuentes o las columnas rezuman erotismo. Los clásicos del Renacimiento nos ofrecen paisajes y horizontes «arquitectónicos». Lo que se subraya es la «lontananza». El tratamiento por Rembrandt de la luz describe la modalidad cósmica de los claroscuros exóticos, que la naturaleza raramente nos depara. Si la pintura nos muestra naturaleza, la literatura nos narra la vida y

21 Cfr. PH., 1040-1088.

acontecer de la misma. Jean Paul nos describe la voz rugiente del cosmos en el Vesubio y en el modo de vestir de los Alpes gigantes. El pintor de la *Emilia Gallotti* de Lessing pronuncia una sentencia ecológica sobrecogedora: «El arte tiene que pintar tal como si la naturaleza pensase la pintura». Y Kant definiendo lo bello en la *Crítica del Juicio* sentencia: «Sublime es la naturaleza en aquellas manifestaciones, cuya intuición lleva consigo la idea de su infinitud».

Otros artistas, tales Cezanne, Gauguin o Brueghel nos pintan el ambiente festivo de los juegos, las ferias y los almuerzos campestres. Todo una simbología del ocio, del tiempo libre, y del «dolce far niente». En los espacios ideales de los frescos de Giotto se concentran dos ideas: el reposo de la paz eterna y la contemplación mística.

Más aún: existen figuraciones del paisaje, del espacio y del tiempo aún más refinadas, en las que se sitúan las ideas, los valores y las creencias. Es la *Physis* como espacio del espíritu. A este tipo de espacios y paisajes pertenecen el «topos ouranos», donde Platón sitúa las ideas o el mundo concebido por Spinoza como un cristal, con el sol en el cénit, en donde opera el *amor Dei intellectualis*. Para S. Agustín y para Leibniz el devenir de la historia acontece como un proceso de clarificación de los valores de la naturaleza. La *civitas Dei* del primero es el espacio de la gracia, de la caridad y de la redención. El espacio del cambio físico es en Leibniz el «paisaje de la perfectibilidad de un mundo en proceso de clarificación». Bloch concluye su largo recuento de espacios ideales para las ideas y las creencias con un texto-resumen: «El hombre como pregunta y el mundo como respuesta son, "suo genere", y a la vez, el paisaje desiderativo de las filosofías»²².

III. CONCLUSIÓN: VALORES MORALES EN EL TRATO DEL HOMBRE CON LA NATURALEZA

En el fondo de la polémica blochiana contra mecanicistas, materialistas vulgares, físicos cuantitativos, teóricos formalizantes y técnicos utilitaristas, subyace una intención única: protestar contra un mundo deshumanizado y ayuno de eticidad. Es lo que pretenden la subjetivización de la materia, el ordenamiento del proceso histórico hacia un *regnum hominis* y la inserción en tal esquema de la función y sentido de la técnica. Si hubiera que concretar de manera concisa las relaciones entre el hombre y la naturaleza, se diría que, genéticamente, aquél

22 Cfr. PH., 929-1038.

procede de ésta, y en este sentido la naturaleza detenta el primado. Teleológicamente, por el contrario, la naturaleza tiende hacia el hombre y en este sentido estaría sometida a él. Ambos se encaminan hermanados hacia un mundo nuevo.

La naturaleza y el hombre son posibilidades que esperan realización. Los protagonistas del desarrollo son la misma naturaleza y el hombre mismo. Entre las tendencias de aquélla y los esfuerzos de éste se precisa colaboración. Lo más característico del mundo espera ser realizado mediante el trabajo del hombre. Este, con ayuda de la técnica dirige el proceso de explicitación de las virtualidades de la materia. El axioma «naturalización del hombre y humanización de la naturaleza» es el principio regulador de las relaciones entre ambos factores, y expresa la esencia de la perfección a alcanzar. «Destrucción de la alienación en el hombre y en la naturaleza, entre el hombre y la naturaleza, o el logro de acuerdo del objeto incosificado con el sujeto manifestado». Bloch recoge una convicción central de la mística judeocristiana: la naturaleza y la humanidad se hallan en estado de «caída» y esperando redención en el ámbito de una historia liberadora. En este drama de «redención cósmica» no es viable la revolución social sin una correlativa redención de la naturaleza.

La reconciliación hombre-naturaleza se alcanza en el ámbito abarcador de la naturaleza misma. Bloch inserta al hombre y a su historia en el desarrollo del cosmos. La historia humana tiene su *ubi* en la abarcadora historia de la naturaleza, la cual culmina en y con la historia humana. Tal convicción rezuma mística del judaísmo cabalístico y chiliasmo cristiano. El problema real de la antropología: qué somos, en verdad, los hombres, se inscribe últimamente en el problema cosmológico. Con otra formulación: una plenitud en la historia, un «sentido» de la historia, un establecimiento del reino de la libertad, una historia de la humanidad son pensables para Bloch solamente dentro del marco de una historia de la totalidad del mundo. Lo *humanum*, el *eschaton* en el punto final del progreso, no connota únicamente un ámbito antropológico ni tiene sólo presente un «sentido» en la historia humana. Esta, contemplada de modo totalizante, no puede llegar a plenitud si carece de sentido la cosmología que la circunda.

Lo que más arriba se ha dicho sobre la inserción del sujeto de la historia en la realidad «mundo» es aplicable a la hora de fijar las relaciones entre la historia del hombre y la evolución de la naturaleza. En un universo procesual, encaminado hacia el reino de la identidad entre la naturaleza y el hombre, la historia de éste se inscribe en el devenir de aquélla en forma de autoconciencia de la

misma. La evolución de la naturaleza aporta el substrato ontológico para la historia del hombre. Este contribuye como conciencia y acción transformadoras. Ambas historias discurren entrelazadas recíprocamente, ya que la teleología del cosmos presupone la teleología de la historia humana y a la acción del hombre en el cumplimiento de la misma. Sin un sujeto de la historia, que planifique y conduzca el desarrollo de la misma según una razón consciente de los fines y según un uso recto de los medios, parece inviable una versión teleológica de la historia misma. La *natura naturans*, postulada en la cosmología, no es capaz de alcanzar las propias metas sin el hombre, que medie en el proceso.

La inserción del hombre y de su historia en la naturaleza y en la evolución de la misma, lejos de obstaculizar una situación privilegiada del hombre y de su historia en el cosmos, la posibilita. La evolución de la naturaleza actúa de disposición para la historia de la humanidad, ofreciendo lugar de asentamiento para un posible *regnum hominis*. La historia tiene un contenido y un cometido: la disolución del antagonismo hombre-naturaleza. A ello colaboran ambos. El hombre se sitúa dialécticamente frente a las cosas con el trabajo. Las transforma, las orienta hacia fines humanistas, las conforma a las propias necesidades. Con ello deviene señor de la naturaleza y ésta, a su vez, resucita a través del trabajo del hombre. El devenir histórico encaminado hacia ese *regnum hominis* está constituido por un *sistema utópico* de relaciones entre el hombre y su entorno. Tal sistema es condición presente para el logro futuro de la «naturalización del hombre y la humanización de la naturaleza».

Un estudioso de Bloch, F. Vilmar, ha acuñado una bella fórmula, recogida después por el mismo Bloch, para expresar la realidad del mundo en trance de humanización: *laboratorium possibilis salutis*. El mundo se encuentra en proceso laborioso de transformación de sí mismo. Es la odisea de la historia en la que los trabajos del hombre son el episodio final. La realidad material, plena de posibilidades, asciende *per aspera*, mediante el trabajo del hombre, a una plenitud futura. La vivencia y la conciencia inmediatas del mundo descubren a éste como carencia y alienación. Es entonces cuando el «no» creador, impulsado por el vacío del «ahora», se esfuerza por salir de sí en busca de su «algo». Todo logro, sin embargo, va inexorablemente acompañado de la carencia. El fracaso y la decepción son compañeros inseparables de todos los éxitos. Cada conato por parte del «no» para superar su alienación implica una frustración: «El qué de la esencia está ausente del quién de la existencia». La historia consiste precisamente en el experimentar ininterrumpido de una solución posible al problema del contenido esencial de la historia misma. La temporalidad no es otra cosa

que el estar-llegando-a-ser de un mundo humanizado. Y humanizar al mundo se identifica con salvar al mundo, ya que a través del proceso de humanización, el mundo y el hombre logran la realización de su esencia en la historia. Tal proceso salvador, llevado a cabo a través del trabajo social, puede avocar al éxito o al fracaso. Cuando el proceso se aúna a los poderes de la «nada» merodeante, acontece la alienación, la estulticia y el absurdo. Es la senda cuya entrada tiene el rótulo dantesco: *lasciate ogni speranza*. Hay otra senda, por el contrario, donde quien triunfa es la esperanza: es aquella en la que se impone la razón de la historia, cuando el proceso es un emerger del contenido fundamental; la utopía que arrastra hacia sí a las historia misma.

JOSÉ M^a G^a GÓMEZ-HERAS